

El cumpleaños de Håkan von Enke se celebró en una sala de fiestas que alquilaron en Djursholm, el barrio rico de las afueras de Estocolmo. Wallander no había estado allí en su vida. Linda le juró y perjuró que bastaba con que se pusiera el traje. Von Enke odiaba el esmoquin y el frac, pero, por otro lado, le encantaban los uniformes de todo tipo que había llevado durante su larga carrera en la Armada militar. Si Wallander lo deseaba, podía llevar su uniforme de policía, claro. Pero él decidió ponerse el traje: dadas las circunstancias, no le parecía muy adecuado utilizar el uniforme. [...] Ahora estaba en Estocolmo para celebrar el cumpleaños de su consuegro.

Cuando llegó a Djursholm, Håkan von Enke lo atendió enseguida. Se diría que se alegraba de verlo. Durante la cena le asignaron un lugar en la mesa presidencial, con Linda a un lado y la viuda de un contraalmirante al otro. La almiranta, que se apellidaba Hök, era octogenaria, llevaba un aparato para sordos y bebía con avidez del vino que servían. Ya en el aperitivo empezó a referir pequeños episodios de tiempos pretéritos. A Wallander le pareció interesante, en especial cuando resultó que uno de sus seis hijos era un experto forense de Lund al que el inspector había visto en varias ocasiones y del que se había llevado una buena impresión. Se pronunciaron muchos discursos, aunque todos modélicos por su brevedad. Militarmente

ejemplares, a juicio de Wallander. El maestro de ceremonias era un capitán de corbeta apellidado Tobiasson que hacía comentarios jocosos que divertieron a Wallander. Cuando en un momento de la cena la almiranta guardó silencio porque su aparato empezó a fallar, el inspector reflexionó sobre qué ocurriría cuando él mismo cumpliera setenta y cinco, como Von Enke. ¿Quién acudiría a su fiesta, si es que decidía organizar una? Linda le había contado que fue idea de Håkan von Enke alquilar la sala de fiestas. Si Wallander no lo había entendido mal, por lo pronto fue una sorpresa para su esposa Louise. Pues al parecer el hombre se había expresado sobre sus cumpleaños precedentes con manifiesto desprecio. Pero de repente cambió de opinión y organizó aquella cena tan lujosa.

Sirvieron el café en una sala contigua provista de cómodos asientos. Una vez terminada la cena propiamente dicha, Wallander salió a una terraza acristalada para estirar las piernas. Un gran jardín enmarcaba el edificio, habitado en el pasado por uno de los primeros y más adinerados hombres de la industria sueca.

La repentina y silenciosa aparición de Håkan von Enke lo sobresaltó. Von Enke llevaba en la mano algo tan poco usual en aquellos tiempos como una vieja pipa. Wallander reconoció el paquete de tabaco, Hamiltons Blandning. Al final de su adolescencia, él mismo fumó en pipa durante un breve periodo, y, ciertamente, usaba esa marca.

–Invierno –declaró Von Enke lacónico–. Y se avecina una tormenta de nieve según el parte meteorológico.

Von Enke guardó un breve silencio mientras contemplaba el cielo nocturno.

–A bordo de un submarino que se halla a la profundidad suficiente, las condiciones climáticas dejan de existir.

Allí abajo reinaba la calma, como en un océano Pacífico submarino, si llegas a alcanzar la profundidad suficiente, claro. En el Báltico basta descender veinticinco metros, cuando el viento no sopla demasiado bravo en la superficie. En el mar del Norte es más difícil. Recuerdo una ocasión en que partimos de Escocia en plena tormenta. Incluso a treinta metros de profundidad nos escorábamos quince grados. No fue nada agradable. –Encendió la pipa y observó a Wallander con mirada escrutadora–. ¿Una observación demasiado poética para un policía, quizá?

–No, pero los submarinos representan un mundo totalmente desconocido para mí. Y dicho sea de paso, aterrador.

El capitán de fragata inspiró con fruición el humo de su pipa.

–Seamos sinceros –propuso–. Esta fiesta nos aburre a los dos. Todos saben que yo la he organizado. Y lo hice porque muchos de mis amigos así lo deseaban. Pero a estas alturas de la celebración, tú y yo podemos refugiarnos y charlar en alguna de las pequeñas salas que hay por aquí. Tarde o temprano mi mujer empezará a buscarnos, pero hasta entonces estaremos en paz.

–Sí, pero tú eres el protagonista.

–Como en una buena obra de teatro –observó Von Enke–. Para crear más tensión, el protagonista no debe estar siempre en escena. Buena parte de lo que mueve la intriga puede desarrollarse entre bastidores.

Dicho esto, guardó un súbito silencio. Demasiado súbito, a juicio de Wallander. La mirada de Håkan von Enke se perdió en lo que había detrás de Wallander. El inspector se dio la vuelta. Allí estaban los jardines y una de las pequeñas calles de Djursholm que, más adelante, entron-

caban con las carreteras principales que conducían a Estocolmo. Wallander atisbó la figura de un hombre cerca de la valla, bajo una farola. Estaba junto a un coche con el motor en marcha. El humo ascendía del tubo de escape y se iba disipando a la luz amarillenta de la calle. Wallander notó que Von Enke se había puesto nervioso.

–Vayamos a una de las salas pequeñas –repitió Von Enke–. Venga, nos llevamos el café y cerramos la puerta.

Antes de abandonar la terraza, Wallander se dio la vuelta para mirar otra vez. El coche había desaparecido, al igual que el hombre bajo la farola. «Quizás alguien a quien olvidó invitar a la fiesta», se dijo Wallander. «En cualquier caso, no creo que tenga que ver conmigo, que sea un periodista que pretenda interrogarme por haberme olvidado la pistola en el restaurante.»

Fueron por los cafés y Von Enke condujo a Wallander a una pequeña sala cuyas paredes estaban forradas de madera. Había cómodos sillones de piel, pero Wallander se percató enseguida de que no tenía ventanas. Håkan von Enke captó su mirada.

–Es como un búnker, pero tiene una explicación –aseguró–. En la década de 1930 la casa fue, durante varios años, propiedad de un hombre que poseía en Estocolmo una gran cantidad de clubes nocturnos, la mayoría de ellos ilegales. Todas las noches, sus emisarios, que iban armados, recorrían los establecimientos para recoger lo que hubiese en caja y traerlo aquí. En esta habitación había entonces una gran caja fuerte. Y aquí se sentaban sus contables a hacer el cómputo y anotarlos en los libros de cuentas, antes de guardarlo en la caja fuerte. Cuando el propietario fue detenido por sus negocios sucios, aserraron la caja fuerte. El hombre se llamaba Göransson, si no re-

cuerdo mal. Le cayó una pena de cárcel tan larga que no lo aguantó: se colgó en su celda de Långholmen.

Von Enke guardó silencio, tomó un sorbo de café y chupó la pipa, ya apagada. Entonces, justo en aquella habitación bien aislada a la que sólo llegaba el lejano murmullo de la fiesta, Wallander comprendió que Håkan von Enke tenía miedo. A lo largo de su vida lo había visto muchas veces: un hombre inquieto por algo, por algo real o imaginario. Estaba seguro de no equivocarse.

La conversación empezó con cierta cautela, Von Enke se remontó a cuando él aún era un oficial de la Armada en activo.

–En el otoño de 1980 –dijo–. Hace ya muchos años, toda una generación, veintiocho largos años. ¿Qué hacías tú por entonces?

–Entonces era policía en Malmö. Linda era muy pequeña. Y Mona y yo apenas nos habíamos planteado mudarnos a Ystad. Pero yo quería vivir más cerca de mi padre, que ya estaba mayor. Y además pensaba que Linda tendría un entorno mejor para crecer. Al menos ésa fue una de las razones por las que dejamos Malmö. Lo que luego resultó de todo aquello es otra historia.

Von Enke no pareció escuchar la respuesta y continuó con su relato.

–Aquel otoño, yo trabajaba en la base naval de la costa este. Hacía dos años que había dejado uno de nuestros mejores submarinos de la clase Sjöormen. Entre los militares lo llamábamos siempre Ormen. Mi destino en la base naval era transitorio, y lo que yo deseaba era volver a alta mar, pero querían que formase parte de la jefatura opera-

tiva de la defensa marítima sueca. Los países del Pacto de Varsovia realizaron en septiembre una serie de prácticas en la costa de la Alemania Oriental, en el golfo de Pomerania. Las prácticas se llamaban MILOBALT, aún lo recuerdo. No tenían nada de especial, sus prácticas de otoño solían coincidir con las nuestras. No obstante, en aquella ocasión ellos involucraron una gran cantidad de naves, puesto que abarcaban tanto el desembarco como el remolque de submarinos, según pudimos comprobar sin demasiado esfuerzo. La oficina de radiocomunicaciones del Ministerio de Defensa nos comunicó que había mucho tráfico de señales entre los buques de guerra rusos y su base de Leningrado. Pero todo se desarrollaba como de costumbre, nosotros vigilábamos lo que hacían y anotábamos en nuestros diarios lo que considerábamos importante. Hasta que llegó aquel jueves, el 18 de septiembre, jamás olvidaré esa fecha. De repente, el mando de guardia llamó a uno de los remolcadores de la flota costera, el HMS Ajax, y le comunicó que acababan de detectar la presencia de un submarino extranjero en aguas territoriales suecas. Yo me encontraba en una de las cartotecas de la base naval militar, pues quería buscar una imagen panorámica más detallada de la costa este alemana, cuando un recluta irrumpió alteradísimo en la sala. El joven no consiguió explicarme lo sucedido, así que volví a la central de mando, donde hablé personalmente con el marino de guardia del Ajax, que aseguraba haber avistado con los prismáticos, a trescientos metros de distancia, las antenas de un submarino. Quince segundos más tarde, la nave desapareció bajo el agua. El marino de guardia, que era un tipo despierto, dijo que el submarino habría estado a profundidad de snorkel y que habría empezado a des-

cender al descubrir la presencia del remolcador. Cuando esto sucedió, el Ajax se encontraba al sur de Huvudskär, y el submarino llevaba rumbo sudoeste, lo que implicaba que se hallaba en paralelo a la frontera de las aguas territoriales suecas, pero, sin lugar a dudas, en el lado sueco. No me llevó mucho tiempo comprobar si había algún submarino sueco en la zona. No lo había. Volví a solicitar contacto por radio con el Ajax y le pregunté al marinero si podía describir el mástil o el periscopio del submarino detectado. Por las características que refirió deduje que se trataba de uno de los submarinos que la OTAN denominaba Whiskey, a la sazón utilizados exclusivamente por rusos y polacos. Como comprenderás, se me aceleró el corazón. Y entretanto me asaltaron otras dos preguntas.

Von Enke guardó silencio, como si esperase que Wallander supiera qué preguntas tenía en mente. Al otro lado de la puerta se oyeron unas risas animadas que fueron atenuándose hasta desaparecer.

—Una era, supongo, si el submarino había llegado a aguas suecas por error —conjeturó Wallander—. Como aseguraron que sucedió con aquel otro submarino ruso que encalló en Karlskrona, ¿no?

—A esa pregunta ya he dado respuesta. Ninguna nave de una flota militar es tan exhaustiva con su ruta de navegación como un submarino. Ni que decir tiene. El submarino detectado por el Ajax se encontraba allí intencionadamente. La cuestión es, ¿de qué submarino se trataba? Puesto que era capaz de sacar el snorkel y ventilar el submarino sin ser descubierto. En tal caso, aquello indicaba que la dotación no estuvo lo bastante alerta. Claro que, desde luego, existe otra explicación.

—¿Que el submarino quería ser descubierto?

Von Enke asintió e intentó, una vez más, encender su obstinada pipa.

–De ser así –prosiguió–, lo más idóneo era que lo descubriera un remolcador. En ese tipo de nave no disponen ni de un tirachinas con el que atacar. Y tampoco cuenta con una dotación instruida para un enfrentamiento. Puesto que yo era el jefe, me puse en contacto con el jefe del Estado Mayor, que se mostró de acuerdo conmigo en enviar de inmediato un helicóptero cazasubmarinos. El helicóptero registró contacto con un objeto móvil que clasificamos como un submarino. Por primera vez en mi vida tuve que dar órdenes de hacer fuego fuera de un ejercicio práctico. El helicóptero lanzó una carga de profundidad para avisar al submarino, que desapareció y entonces perdimos el contacto.

–¿Cómo es posible que desapareciera sin más?

–Los submarinos tienen muchas posibilidades de hacerse invisibles. Pueden detenerse en una fosa marina o junto a un talud continental y pueden emitir falsas señales de sonar y despistar a posibles perseguidores. Pese a que enviamos varios helicópteros, no volvimos a verlo.

–Pero ¿no pudo sufrir un accidente?

–Las cosas no funcionan así. La primera carga de profundidad ha de ser, según las normas internacionales, una advertencia. Después de esa primera carga se puede obligar al submarino a emerger para que se identifique.

–¿Qué sucedió después?

–En realidad, nada. Se llevó a cabo una investigación. Consideraron que actué de forma correcta. Aquello fue, probablemente, el comienzo de lo que sucedería dos años después, cuando empezaron a multiplicarse los submarinos en aguas territoriales suecas, sobre todo en el archi-

piélago de Estocolmo. Lo más importante fue que todo aquello nos confirmó que los rusos seguían tan interesados como siempre por nuestras vías de navegación. Esto sucedió en una época en la que nadie imaginaba que el muro de Berlín caería un día, ni que la Unión Soviética se desintegraría por completo. Es fácil olvidar ciertas cosas. La guerra fría aún no había tocado a su fin. Después de aquel incidente de Utö, la Armada recibió un considerable incremento de presupuesto. Pero eso fue todo.

Von Enke dejó de hablar y apuró el café. Wallander estaba a punto de levantarse cuando su consuegro retomó el relato.

—Aún no he terminado. Dos años después ocurrió de nuevo. Yo había ascendido hasta formar parte del más alto mando de la defensa armada de Suecia. Teníamos el cuartel general en Berga, en Estocolmo, donde había una unidad operativa permanente, las veinticuatro horas. El 1 de octubre se les alertó de algo que no habríamos imaginado ni en sueños. Existían indicios de que uno o varios submarinos habían entrado en la mismísima bahía de Hårsfjärden, muy cerca de nuestra base de Muskö. En otras palabras, no se trataba sólo de una violación de las aguas territoriales suecas, sino de la presencia de submarinos extranjeros en zona militar protegida. Estoy seguro de que recuerdas ese asunto.

—Sí, los periódicos no hablaban de otra cosa, los periodistas trepaban por peligrosos acantilados.

—No sabía con qué compararlo. Imagínate que varios helicópteros de un país extranjero hubiesen aterrizado en la explanada del palacio real. Así nos sentimos viendo aquellos submarinos tan cerca de nuestras instalaciones militares más secretas.

–Por aquel entonces, a mí acababan de confirmarme que podía empezar a trabajar en Ystad.

Y entonces, de repente, se abrió la puerta. Von Enke dio un respingo. Wallander tuvo el tiempo justo de darse cuenta de que se llevaba la mano derecha al bolsillo superior de la chaqueta. Luego la dejó caer sobre la rodilla. Una mujer un tanto ebria había abierto la puerta en busca de los lavabos, pero desapareció enseguida y volvieron a quedarse solos.

–Fue en octubre –continuó Von Enke una vez cerrada la puerta–. A veces teníamos la sensación de que toda la costa sueca iba a ser atacada por submarinos extranjeros y desconocidos. Me alegré de no ser el responsable de informar a todos los periodistas que acudieron a Berga. Tuvíamos que habilitar un par de salas para la prensa. Mi tarea consistía en localizar a alguno de aquellos submarinos y no podía abandonar mi puesto hasta conseguirlo. Si no lográbamos hacer emerger ni a un solo submarino, perderíamos toda credibilidad. Al final llegó la noche en que por fin teníamos rodeado un submarino en Hårsfjärden. No había duda, los mandos estábamos convencidos. Yo tenía la responsabilidad plena de dar la orden de abrir fuego. Durante aquellas horas de intensa agitación, hablé en varias ocasiones con el jefe del Estado Mayor y con el nuevo ministro de Defensa. Andersson, seguro que lo recuerdas. Era de Borlänge.

–Recuerdo vagamente que lo apodaron Börje el Rojo.

–Exacto. Pero no pudo con aquello. Para él lo de los submarinos fue un infierno. Dimitió y se marchó a su Dalecarlia natal, y Anders Thunborg lo sustituyó en el ministerio, era uno de los muchachos de confianza de Palme. Muchos de mis colegas desconfiaban, pero yo mantuve

con él buena relación. No se inmiscuía, sólo hacía preguntas. Si las respondías, se daba por satisfecho. Sin embargo, en una ocasión en que lo llamé por teléfono, me dio la sensación de que Palme estaba con él, allí mismo, a su lado. Ignoro si era así o no. Pero no pude evitar pensarlo.

—¿Qué sucedió?

A Håkan von Enke se le contrajo el semblante, como si lo hubiese irritado la interrupción de Wallander, pero continuó sin traslucir enojo alguno.

—Habíamos cercado el submarino en un sitio donde no podía maniobrar a menos que se lo permitiéramos nosotros. Le dije al jefe del Estado Mayor que, si le mandábamos unas cargas de profundidad, era nuestro. Así le demostraríamos al mundo qué clase de submarino extranjero estaba operando en aguas suecas. Pasó media hora. Las manecillas del reloj que había en la pared avanzaban con una lentitud insufrible. Yo estaba en contacto permanente con los helicópteros y las naves de superficie que aguardaban en círculo en torno al submarino. Transcurrieron cuarenta y cinco minutos, pronto sería el momento. Y entonces ocurrió.

Von Enke interrumpió su relato en seco y abandonó la sala. Wallander se preguntó si se habría sentido indispuerto. Unos minutos más tarde, el capitán volvió con dos copas de coñac.

—Hace muchísimo frío esta noche —señaló—. Necesitamos algo con que calentarnos. Nadie parece echarnos de menos, así que podemos seguir conversando en esta vieja cámara de la caja fuerte.

Wallander aguardaba la continuación de aquella historia. Aunque escuchar antiguas historias sobre submarinos

tal vez no fuese muy fascinante, prefería la compañía de Von Enke a tener que confraternizar con gente a la que no conocía.

—Entonces ocurrió —repitió Von Enke—. Cuatro minutos antes de que comenzase la descarga sonó el teléfono, que estaba en línea directa con el Estado Mayor de la Defensa. Por lo que yo sé, era uno de los pocos teléfonos totalmente protegidos de escuchas, y además tenía incorporado un distorsionador de voz automático. A través de ese teléfono recibí un mensaje que no me esperaba. ¿Te imaginas cuál?

Wallander negó en silencio.

—Nos ordenaron interrumpir el ataque. Me quedé perplejo y pedí una explicación. Pero, en un principio, no se me brindó ninguna. Tan sólo aquella orden directa de no soltar ninguna carga de profundidad. Naturalmente, yo no podía hacer otra cosa más que obedecer. Cuando los helicópteros recibieron el mensaje, faltaban dos minutos. Ninguno de los que estábamos en Berga comprendíamos qué estaba sucediendo. Diez minutos después recibimos la siguiente orden, aún más inesperada si cabe que la primera. Teníamos la sensación de que nuestros superiores habían perdido el juicio. Debíamos retirarnos.

Wallander escuchaba con creciente interés.

—¿Querían que dejaseis marcharse al submarino?

—Bueno, como es lógico, nadie dijo tal cosa. Nos ordenaron que dirigiésemos nuestra atención hacia otra zona, fuera de la bahía de Hårsfjärden, al sur de Danziger Gatt. Allí, decían, un helicóptero había establecido contacto con otro submarino. ¿Y por qué había de ser aquél más importante que el que nosotros teníamos rodeado y estábamos a punto de obligar a emerger? Mis colaborado-

res y yo no comprendíamos nada. Nada en absoluto. Exigí que me pusieran al habla directamente con el jefe del Estado Mayor, pero estaba ocupado y no podía ponerse, lo cual era muy extraño, ya que él había aprobado la intervención de la Armada. Incluso intenté localizar al ministro de Defensa o a su secretario. De pronto, era como si todos hubiesen desaparecido, hubiesen descolgado sus teléfonos y se vieran obligados a guardar silencio. ¿El jefe del Estado Mayor y el ministro de Defensa obligados a mantener la boca cerrada? ¿Pero por quién? Naturalmente, el Gobierno o el primer ministro podían hacer algo así. Te aseguro que durante aquellas horas sufrí un tremendo dolor de estómago. No entendía las órdenes recibidas. Interrumpir la intervención contradecía toda mi experiencia y mi instinto. Estuve a punto de negarme a obedecer; en tal caso, mi carrera militar habría acabado ahí. Sin embargo, aún conservaba algo de sentido común, de modo que enviamos a nuestros helicópteros y nuestras naves de superficie a Danziger Gatt. Pedí que al menos un helicóptero sobrevolase la zona en la que sabíamos se hallaba el submarino, pero se negaron. Debíamos abandonar el lugar y sin la menor dilación. Cosa que por supuesto hicimos, con el resultado esperado.

—¿Entonces?

—Naturalmente, no establecimos contacto con ningún submarino en Danziger Gatt. Estuvimos intentándolo toda la tarde y toda la noche. Aún me pregunto cuántos miles de litros de combustible consumieron los helicópteros en aquella empresa.

—¿Qué pasó con el submarino que teníais rodeado?

—Desapareció. Sin dejar rastro. [...]

Von Enke apuró su copa de coñac.

–Empecé a preguntar sobre lo sucedido. Y no debí hacerlo. Muy pronto me di cuenta de que mi actitud no era muy bien acogida. La gente se mostraba reticente y esquivaba. Incluso algunos de mis colegas, a los que contaba entre mis mejores amigos, se mostraron displicentes ante mi curiosidad. Pero yo sólo quería saber el porqué de aquella contraorden. Yo sostengo que jamás habíamos estado tan cerca, ni lo estaríamos nunca, de obligar a un submarino extranjero a emerger a la superficie. Dos minutos, no más. En un principio no fui yo el único indignado. Arosenius, otro capitán de fragata, y un analista del Estado Mayor de la Defensa formaban parte de la unidad que estaba al frente de la operación aquel día. Pero, en tan sólo un par de días, también ellos dos empezaron a mostrarse huidizos. No querían estar conmigo cuando me ponía a remover el asunto y hacer preguntas. Y un buen día, yo también lo dejé.

Von Enke puso su copa en la mesa y se inclinó hacia Wallander.

–Por supuesto que no lo he olvidado. A veces aún intento comprender qué sucedió, y no sólo aquel día, en que de forma voluntaria dejamos que un submarino extranjero se nos escapara de las manos. Repaso todo lo que ocurrió durante aquellos años. Y, la verdad, creo que por fin empiezo a verlo claro.

–A ver claro, ¿el qué? ¿Que no os permitieran obligar al submarino a salir a la superficie?

Von Enke asintió despacio y volvió a encender la pipa, pero no dijo nada. Wallander se preguntaba si la historia que acababa de oír quedaría inconclusa.

–Ya te imaginarás que siento curiosidad, ¿qué explicación te dieron?

Von Enke hizo un gesto de desidia con la mano.

–Es demasiado pronto para pronunciarme. Aún no he llegado a la meta. Por ahora no tengo nada más que decir. Será mejor que regresemos con los demás invitados.

Los dos hombres se levantaron y dejaron la habitación. Wallander salió a la terraza de nuevo y se encontró con la mujer que los había interrumpido. No se había vuelto a acordar hasta ahora del gesto que Von Enke había hecho con la mano, en un primer momento de forma inconsciente, luego más despacio para, finalmente, dejar caer la mano de nuevo sobre la rodilla.

Aunque pareciese ilógico, a Wallander sólo se le ocurría una explicación. Von Enke iba armado. ¿Sería verdad?, se preguntaba mientras contemplaba el despojado jardín a través de las cristaleras de la terraza. ¿Un capitán de fragata jubilado, armado en su fiesta de cumpleaños?

Wallander no daba crédito y desechó la idea. Serían figuraciones suyas. Una asociación confusa llevaba a la otra, sin duda. Primero el miedo, luego el arma. Tal vez su intuición estaba perdiendo agudeza, del mismo modo en que se descubría más olvidadizo a medida que pasaba el tiempo.

En ese momento apareció Linda en la terraza.

–Creía que te habías ido.

–Todavía no, pero no tardaré mucho.

–Estoy segura de que Håkan y Louise están contentos de que hayas venido.

–Me ha hablado de los submarinos.

Linda enarcó las cejas con manifiesto asombro.

–¿De verdad? Me extraña.

–¿Por qué?

–Yo he intentado que me lo cuente un montón de ve-

ces, pero siempre cambia de tema o me dice que no quiere hablar del asunto. Casi se enoja cuando le pregunto.

Linda se marchó, pues Hans la requería dentro. Wallander se quedó allí pensando en lo que le había dicho Linda. ¿Por qué querría Håkan von Enke confiarse a él precisamente?

Después, ya de vuelta en Escania y al reflexionar sobre lo que Von Enke le había revelado, se dio cuenta de que no era sólo aquella historia lo que lo sorprendía. Por supuesto, en el relato de Von Enke había muchos detalles poco claros, vagos, difíciles de comprender para Wallander. Pero el plan, el planteamiento en sí, tal como lo llamaba Wallander, no lo entendía en absoluto. ¿Acaso lo había planeado todo Von Enke, pese a la escasa antelación con que supo que Wallander iría a la fiesta? ¿O se decidió cuando vieron al hombre bajo la ambarina luz de la farola, al otro lado de la valla?

¿Quién sería aquel hombre? A esa pregunta no sabía qué contestar.

\*

Tres meses más tarde, el 11 de abril para ser exactos, sucedió algo que obligó a Wallander a recordar una vez más aquella noche de enero que pasó encerrado en una habitación claustrofóbica escuchando el relato sobre unos sucesos relacionados con la Armada, y acontecidos hacía más de treinta años, que le refería el homenajeador de la fiesta.

Sucedió de forma súbita y por completo inesperada para todos los afectados. Håkan von Enke desapareció sin dejar rastro de su residencia en el barrio de Östermalm. Von Enke solía dar un largo paseo todas las mañanas, con independencia del tiempo que hiciera. Aquel día, en concreto, lloviznaba sobre Estocolmo. Se había levantado temprano, como de costumbre, y poco después de la seis ya estaba desayunando. A las siete de la mañana llamó a la puerta del dormitorio de su esposa para despertarla y comunicarle que salía a dar su paseo, que solía durar unas dos horas, salvo los días de frío intenso, en que los reducía a la mitad: había sido fumador habitual y sus pulmones jamás se recuperaron del todo. [...]

Aquella mañana fue como todas las demás, con una sola excepción: Håkan von Enke no volvió a casa. Louise sabía muy bien cuál era su recorrido, pues antes ella solía acompañarlo, pero lo dejó cuando ya no era capaz de seguir su ritmo. Al ver que no llegaba a casa a la hora de costumbre, se preocupó. Él estaba en buena forma física, pero a pesar de todo ya tenía una edad respetable y podía haberle pasado algo. Un repentino ataque de apoplejía, una embolia. De modo que se lanzó en su búsqueda en cuanto comprobó que había roto su promesa de llevar siempre el móvil encima. En efecto, se lo había dejado en el escritorio. A las once estaba de vuelta en casa, después de haber hecho el recorrido de su esposo, temiendo en todo momento hallarlo muerto por el camino. Pero no lo encontró, no estaba en ninguna parte. Cuando llegó a casa, llamó a los dos o tres amigos a los que su marido habría podido ir a visitar. Tras comprobar que ninguno lo había visto tuvo la certeza de que algo le había sucedido después. Eran más o menos las doce cuando llamó al despa-

cho de Hans en Copenhague. Pese a lo nerviosa que estaba su madre y a que deseaba denunciar la desaparición a la policía de inmediato, Hans intentó calmarla. Decidieron aguardar aún unas horas pese a la resistencia de ella.

Inmediatamente después de la conversación con su madre, Hans llamó a Linda, por mediación de la cual se enteró Wallander de lo que había ocurrido aquella mañana. [...]

Wallander estaba convencido de que Håkan von Enke entraría por la puerta de su casa en cualquier momento y les ofrecería una explicación muy lógica del porqué de su ausencia. Wallander sentía más curiosidad que preocupación por el desenlace. Pero Håkan von Enke no volvió, ni aquella noche ni tampoco la siguiente. El día 11 de abril a última hora de la noche, Louise denunció la desaparición de su marido. Louise recorrió en un coche de la policía el laberíntico entramado de senderos de Lilljansskogen, sin hallar rastro de él. Al día siguiente llegó su hijo de Copenhague. Y entonces Wallander empezó a comprender que, seguramente, habría ocurrido algo.



## TÍTULOS DE LA SERIE WALLANDER

### ASESINOS SIN ROSTRO

El inspector Kurt Wallander atraviesa uno de los momentos más sombríos de su vida cuando tiene que ponerse al frente de una ardua investigación: el asesinato de un matrimonio de ancianos en una granja de Lenarp. El marido ha sido horriblemente torturado y la mujer agoniza poco a poco, con el tiempo de pronunciar antes de morir una sola palabra: «extranjero». Wallander y sus colegas deberán enfrentarse a una comunidad irascible, presa de insospechados prejuicios raciales. El inspector sabe muy bien que tras la pacífica apariencia de algunas personas se oculta a veces un auténtico monstruo.

### LOS PERROS DE RIGA

Una fría mañana de febrero, un bote salvavidas con dos cadáveres queda varado frente a la costa sueca. Cuando se confirma que se trata del asesinato de dos hombres letones, el inspector Kurt Wallander debe viajar a Riga, la capital del país, que en ese momento se halla en pleno proceso de democratización. Wallander se introducirá en los ambientes de la oposición clandestina y, en medio de ese sórdido escenario, conocerá a Baiba Liepa. Intriga, amor y diversos conflictos provocarán que su vida dé un inesperado vuelco.

### LA LEONA BLANCA

Una tarde de 1992, una joven es brutalmente asesinada en una apartada granja de Escania. Todo parece indicar que la muchacha vio algo que no debía ver. Una vez más, en Ystad, el inspector Kurt Wallander debe apartar sus problemas personales y tratar de resolver el misterio. Paralelamente, en Sudáfrica, una organización de extrema derecha planea asesinar a un importante dirigente político. Para ello contrata los servicios de un asesino a sueldo, quien empieza la preparación de un atentado en Suecia, muy cerca de Ystad.

## EL HOMBRE SONRIENTE

El abogado Gustaf Torstensson conduce inquieto su vehículo por una carretera solitaria. De repente, delante de él, ve una silla plantada en medio del asfalto y, en ella, un muñeco del tamaño de un ser humano. Torstensson frena en seco y, aterrado, sale del coche para ver la fantasmagórica aparición. Es lo último que hace en su vida. El inspector Wallander se sumergirá en un complicado caso de delincuencia económica, y la sensación de que su vida corre un grave peligro no lo abandonará en toda la investigación.

## LA FALSA PISTA

En el caluroso verano de 1994, mientras la gente sigue con pasión el Campeonato Mundial de Fútbol, el inspector Kurt Wallander se dispone a iniciar unas cortas vacaciones. Sin embargo, la tranquilidad de la provincia de Escania se ve truncada cuando una muchacha, al parecer extranjera, se suicida quemándose a lo bonzo. Cuando Wallander y su equipo comienzan a investigar ese extraño caso, las muertes violentas de un ex ministro de Justicia y de un marchante de arte les llevan a pensar que se enfrentan a un brutal asesino en serie.

## LA QUINTA MUJER

La placidez habitual de la ciudad sueca de Ystad se ve perturbada cuando, con cierto intervalo de tiempo, tres hombres aparecen salvajemente asesinados. Las víctimas, dedicadas a la ornitología, el cultivo de orquídeas y la poesía, llevaban una vida sosegada y tranquila, lo cual hace aún más incomprensible la brutalidad de que han sido objeto. Durante la investigación del caso, Kurt Wallander descubre que debe enfrentarse a un asesino de una temible inteligencia: el inspector ha encontrado, por fin, un adversario de su talla.

## PISANDO LOS TALONES

En la noche de San Juan, alguien, agazapado tras un matorral, contempla cómo se divierten unos jóvenes... Por esas mismas fechas, el inspector Kurt Wallander regresa de sus vacaciones y empieza a acusar un agotamiento que está a punto de costarle la vida. Para colmo, Svedberg, uno de sus colegas, ha desaparecido, y una madre presiona a los agentes para que busquen a su hija, que ha partido de viaje en extrañas circunstancias. Wallander no sospecha las incógnitas que le presentará este caso, ni los sangrientos crímenes que deberá resolver, «y cuanto antes», como le exige el fiscal.

## CORTAFUEGOS

Ystad, Suecia, otoño de 1997. Un hombre muere en extrañas circunstancias a las puertas de un cajero automático. Poco después, dos muchachas asesinan salvajemente a un taxista. Detenidas y trasladadas a la comisaría, las dos adolescentes sorprenden a todo el mundo con su agresividad y su indiferencia ante el crimen que han cometido. En un descuido de los agentes, una de ellas logra huir. Al día siguiente, un problema en el suministro eléctrico deja a oscuras gran parte de la región de Escania; cuando el técnico de mantenimiento acude a la estación transformadora, hará un descubrimiento aterrador.

## LA PIRÁMIDE

Todo el mundo tiene un pasado. El del inspector Kurt Wallander se remonta a finales de los años sesenta, cuando era un joven agente despierto, lleno de ambiciones profesionales y con una vida privada que, ya entonces, hacía agua por todas partes. Los cinco relatos incluidos en *La pirámide* se sitúan justo antes del comienzo de la primera novela de la serie protagonizada por el célebre inspector, *Ase-  
sinos sin rostro*.